La anatomía del votante mexicano

Alejandro Moreno

Este artículo es un extracto del libro El votante mexicano: democracia, actitudes políticas y conducta electoral, que aparecerá próximamente publicado por el Fondo de Cultura Económica.

De todos los actores en el escenario de la incipiente democracia mexicana, el votante es el más importante, el más protagónico y el más complejo. Por su importancia en la nueva vida democrática de México, se vuelve necesario conocer al elector mexicano como individuo y como colectividad, describir sus características, entender sus razonamientos y explicar su comportamiento en el contexto electoral en nuestro país.

La creciente competitividad electoral, impulsada por las reformas políticas que iniciaron en 1977, provocó una mayor búsqueda de apoyo por parte de los partidos. Por esto, el papel fundamental de la democratización mexicana recayó en el electorado, en ese conjunto de actores individuales que, a través de los mecanismos de elección democráticos, toman una decisión con implicaciones colectivas al determinar quién gobierna. La alternancia en los ámbitos locales y estatales permitió que el cambio democrático en nuestro país no fuera tan abrupto, sino que se diera poco a poco a través de las elecciones. El votante se volvió protagónico.

Las elecciones del 2 de julio de 2000 marcan un momento crucial en el proceso de democratización en México y serán recordadas como las elecciones del cambio. Para cuatro de cada diez votantes que asistieron a las urnas ese día, la razón principal de su sufragio fue lograr precisamente un cambio. Su voto se dio de manera desproporcionada a favor de Vicente Fox. El cambio como tal no tenía un significado claro de políticas públicas o de contenidos programáticos, sino simplemente de alternancia, de ver a otro partido y a otros individuos en el cargo más importante del país: la presidencia de la República. Hay quienes atribuyen el triunfo de Fox a una exitosa campaña de comunicación política, pero esto sólo es parcialmente cierto.

La coalición electoral del cambio que llevó al candidato panista a Los Pinos se fue gestando durante varios años. En la década de los noventa, el electorado mexicano dio muestras claras de estar divido en dos campos políticamente relevantes. Uno es de mayor edad, con menos escolarización, vive principalmente en el México rural, aunque se le encuentra también en las ciudades, tine actitudes autoritarias y valores fundamentalistas. Otro es más joven, más escolarizado, predominantemente urbano, expresa actitudes prodemocráticas y valores más liberales. El primero nació en un México que miraba hacia el interior de sí mismo y que no ofrecía opciones políticas reales, y tiende a manifestar su apoyo al pri. El segundo nació junto con las reformas políticas y la apertura económica y ha sido más propenso a votar por la oposición. Aquellos que en el año 2000 vivieron por primera vez en su vida adulta una elección presidencial, nacieron entre 1977 y 1982 y crecieron y se socializaron entre la crisis económica de los ochenta y la era del libre comercio de los noventa. Estas divisiones se cristalizaron en el eje más importante de conflicto político en México durante al menos la última década y media: la lucha por el cambio democrático en contra del mantenimiento del status quo. Los mensajes de campaña y las circunstancias del año 2000 capitalizaron esta división con un poderoso mensaje de cambio y un candidato presidencial que lo hacía más factible que nunca.

Entender al votante no sólo es entender sus decisiones -si irá o no a votar en una elección y por quién lo hará-, sino también lo que precede a esas decisiones y lo que resulta de ellas. Entender al votante es compenetrarse en sus adhesiones partidarias, en su ideología, en su sistema de creencias y en las bases sociales que las respaldan; en el interés y la atención con que sigue los asuntos políticos; en sus fuentes de información y en las predisposiciones y prejuicios que le ayudan a entenderla y procesarla; en sus percepciones y opiniones acerca de los candidatos, de los partidos y de los gobernantes; en su propensión a ser persuadido o a persuadir a otros acerca de por quién votar; en sus evaluaciones acerca de las condiciones del país y de su ámbito personal y familiar; en sus expectativas; en sus valores políticos y sus actitudes hacia la democracia; en su nivel de tolerancia y en su capacidad de coexistencia política; en suma, en la manera como ve el mundo de la política con los símbolos, las ideas y las imágenes que tiene a su alcance.

Las orientaciones partidarias del votante mexicano son su rasgo más notable, más fuerte y más estable. No obstante, el balance de adhesiones partidarias ha evolucionado con cambios notables durante los últimos quince años, a nivel agregado y a nivel individual. Junto con su gradual caída en la votación nacional, el pri ha venido perdiendo partidarios de una manera cíclica pero constante. La crisis de los ochenta y la defección de los cardenistas le restaron partidarios, pero en los años de Salinas aumentaron; la crisis del peso nuevamente los redujo, y la elección interna del pri los volvió a impulsar; la derrota electoral y el cambio de gobierno los metió en su mayor crisis de identidad, y los primeros años del gobierno de Fox los ha revigorizado. En contraste, el pan ha venido ganando partidarios durante varios años de forma gradual y, tras la victoria de Fox y el cambio de gobierno, de forma abrupta. La toma de poder, más que la victoria electoral, fue el principal catalizador del aumento en el panismo reciente. Ello nos dio señales de cómo, en un periodo de profundo cambio político, las actitudes más fuertes y estables de los mexicanos también están sujetas a transformaciones.

A la vez que se denota una gran persistencia del partidismo, en México se ha dado un doble fenómeno que podemos llamar de conversión y reemplazo. Algunos electores, ya en edad adulta, han venido cambiando sus adhesiones de un partido a otro. Son los electores de conversión. El resultado de las elecciones presidenciales de 2000 es uno de los eventos singulares más poderosos para provocar dichos cambios. La incorporación de nuevos electores cada tres años a las elecciones federales ha provocado un reemplazo. La salida de votantes viejos y la entrada de votantes nuevos a la arena política está alterando la distribución del partidismo mexicano. Aun así, el pri ha sido mucho más capaz de mantener un importante nicho de partidistas duros que no están logrando ni el pan ni el prd. La influencia de la tradición familiar le ha ayudado al partido más longevo de México. Una buena cantidad de electores que tienen un sentido de filiación con el pri llega a las urnas por primera vez con su partidismo ya desarrollado por muchos años. En cambio, los seguidores panistas muestran una mayor debilidad en su filiación partidaria, que en muchos casos parece más sensible al liderazgo de Fox que a cualquier otra cosa, tal y como el perredismo lo fue detrás de la figura de Cárdenas. Los perredistas son más ideológicos, y se pueden efectivamente apropiar de la etiqueta de izquierda. A su vez, la clase social parece jugar su papel como determinante de las identidades políticas: el perredismo tiene más arraigo entre electores de menores niveles de ingresos, el panismo entre las clases medias, y el priismo entre los electores menos escolarizados. Sin duda, el

partidismo y su evolución son reflejo fiel de la realidad política en nuestro país.

A pesar de su mayor arraigo entre los segmentos de ingresos medios, escolarizados, urbanos y jóvenes, el pan ha venido obteniendo el apoyo de una cada vez más amplia coalición electoral a lo largo del espectro político. Su desempeño entre la izquierda, el centro y la derecha lo asimilan a un partido de tipo cacha todo. Su candidato presidencial, Vicente Fox, no hizo sino ampliar aún más ese carácter y lograr que la coalición de 2000 fuera la más amplia e ideológicamente heterogénea que el pan haya logrado en su historia. De hecho, votar por Fox y votar por el pan no eran exactamente lo mismo. Fox obtuvo apoyo de votantes de izquierda que apoyaron al prd en las contiendas legislativas pero no a Cárdenas en su tercer intento por llegar a la presidencia. El voto útil efectivamente se dio.

El atractivo electoral de Fox para los votantes de izquierda, centro-izquierda, centro y centro-derecha tiene sentido, ya que refleja los significados de la ideología entre la sociedad mexicana. Las orientaciones ideológicas de izquierda y derecha en México conllevan principalmente un contenido político de posturas ante la democracia y el autoritarismo, seguido de posturas liberales y fundamentalistas en temas de carácter social y moral, y, finalmente, de los típicos significados de la izquierda y la derecha socioeconómica tradicional, es decir, el conflicto entre un sistema de redistribución del ingreso y de amplia responsabilidad del Estado que enfrenta a las preferencias por una economía de mercado que incentive a los individuos a tomar responsabilidad de sí mismos. En estas dimensiones se ha definido la competencia política, y los electores son capaces de tomar posturas en esos temas que han venido cristalizándose durante al menos quince años. Fox perdió entre los votantes de derecha, quienes dieron su voto principalmente a Labastida. Tanto el pri como el prd perdieron apoyos que tan sólo tres años antes habían tenido en la derecha y en la izquierda, respectivamente. El pan capitalizó esas pérdidas, expandiendo su apoyo electoral en todo el espectro ideológico. Fox ganó incluso más votos entre votantes de izquierda que el mismo Cárdenas. Como partido cacha todo, el pan consolidó en el año 2000 su posición de 1997 como pivote en el centro del eje ideológico, con el pri a la derecha y el prd a la izquierda, no por tener un electorado centrista, sino por su amplio apoyo a lo largo del espectro político.

El deseo de cambio benefició a Vicente Fox, no a Cárdenas y mucho menos a Labastida. Cuando se le compara estadísticamente con el de Labastida, el voto por Fox provino significativamente más de un electorado joven, urbano, del electorado del norte, de votantes que consideraban tener un cierto deterioro en su situación económica personal, de los panistas, de muchos votantes independientes y de los más escolarizados. El panista obtuvo, como ya se mencionó, un amplio apoyo a lo largo del espectro político, desde los votantes de izquierda hasta los de centro-derecha.

Los diferenciales de participación dieron el toque final al resultado electoral de 2000. Con una participación de 64%, comparativamente más baja que 77% registrado en las elecciones presidenciales de 1994, las elecciones de 2000 tuvieron una consecuencia evidente: el candidato del pri no contó en esa ocasión con segmentos del electorado que le eran favorables pero que prefirieron no asistir a las urnas o no pudieron hacerlo. Paradojas de la democracia: quizás si la tasa de participación hubiese sido sustancialmente mayor, el candidato del pri probablemente hubiese derrotado al del pan. El año 2000 demostró a los encuestadores qué tan importante es indagar por quién votará la gente, como asegurarse de estimar quién sí saldrá a votar y quién no. Los determinantes individuales de la participación electoral nos ayudan a entender qué partidos y candidatos llevan ventaja el día de la elección. De entrada, los electores partidistas es más probable que vayan a votar que los no partidistas. Los panistas, a su vez, es más probable que vayan que los priistas. Además, la confianza en el Instituto Federal Electoral parece ser también un elemento que facilita el voto voluntario de los mexicanos.

Las campañas políticas también tuvieron lo suyo. El elector mexicano fue expuesto a una cantidad de ataques, críticas y descalificativos entre los candidatos y sus partidos sin precedentes en una campaña presidencial. Los efectos fueron importantes: una reducida participación y el deterioro en la imagen de los candidatos, principalmente los del pri. El daño al priista se dio incluso entre sus propios partidarios, algunos de los cuales lo abandonaron en su intento por llegar a la presidencia.

Las campañas de 2000 ofrecieron la oportunidad para iniciar un nuevo enfoque de investigación, el de los efectos de la comunicación política. Seis de

cada diez adultos en nuestro país consideran que la televisión es el medio que ofrece la mejor información acerca de los candidatos en una campaña presidencial. Dos tercios de los electores siguen las noticias por la televisión durante las campañas y hasta ocho de cada diez votantes que asisten a las urnas también obtienen su información política en la televisión. Sin embargo, ésta tiene un claro déficit de credibilidad. Pocos le creen a las noticias que ven en sus televisores. Muchos menos le creen a la publicidad política patrocinada por los partidos y los candidatos. Las conversaciones cotidianas con los amigos y la familia representan la segunda fuente de información del votante mexicano, por encima de la radio y de la prensa. Este medio informativo fue el más común durante las campañas en 2000. Aunque no toda, mucha gente se fue interesando más y más por el proceso conforme se acercaba el día de la elección y se hablaba más del tema en las conversaciones cotidianas. La política ocupa una baja jerarquía en las prioridades de la gente, pero durante las campañas de 2000 se volvió casi tema obligado hablar de ellas y de los protagonistas.

Los cambios políticos de la última década y, en particular, de los últimos años en México, se ven reflejados en las actitudes y las percepciones de los mexicanos. Nuestra sociedad expresa un mayor nivel de felicidad al inicio del nuevo siglo que hace una o dos décadas y siente mucho más libertad para elegir y controlar lo que pasa en sus propias vidas. Hoy, la mayoría creemos que vivimos en una democracia. Antes del 2 de julio, sólo algunos cuantos lo consideraban así. Sin embargo, la mexicana continúa siendo una sociedad eminentemente desconfiada y comparativamente poco tolerante. El apoyo abierto a la democracia es amplio, pero menor que en la mayoría de los países en los que se tiene una medida similar. La democracia se va conociendo y valorando en al menos tres dimensiones relevantes para el mexicano: su desempeño como sistema político, sus ideales, y su liderazgo.

Entender al votante no es una tarea sencilla. Requiere de una enorme acumulación de evidencia empírica que ayude a describir y a explicar su naturaleza y, aún así, la información recopilada durante una, dos o más elecciones resulta insuficiente para entender a este actor que inevitablemente va cambiando. En este libro se utiliza la evidencia de 42 encuestas nacionales realizadas en un periodo de 20 años -35 encuestas nacionales representativas de la población adulta del país realizadas entre 1981 y 2001, dos encuestas nacionales a la salida de las casillas realizadas a votantes en 1997 y 2000, y un

estudio panel nacional de cinco rondas de entrevistas realizadas entre 2000 y 2002. En conjunto, todas estas encuestas reflejan las opiniones, las actitudes y la conducta de casi 70 mil mexicanos entrevistados. Algunas de estas encuestas se utilizan simplemente para ilustrar tendencias en distintos capítulos del libro, pero otras se estudian más a fondo a través de análisis estadísticos sofisticados. En particular, las encuestas preelectorales y de salida de 2000 que realizó el periódico Reforma, el estudio panel 2000-2002 y la Encuesta Mundial de Valores en México, se analizan con el mayor detalle posible y relevante para el contenido de este volumen. Ésta es una cantidad única de evidencia empírica de alta calidad que, espero, sólo marque el inicio de una nueva forma de estudiar y entender al votante mexicano y su entorno.

La complejidad del electorado comprende múltiples facetas. En este libro se intenta desagregar cada una de ellas a manera de ejercicio de anatomía política, es decir, analizando y entendiendo las partes para que, a través de ellas, podamos entender el todo. Así pues, se analizan la naturaleza, la evolución y los determinantes de la identificación partidista de los mexicanos; las ideologías que predominan en el electorado y las dimensiones de competencia política que éstas definen para los partidos; los determinantes de la participación electoral autónoma y sus implicaciones para la competencia partidista; las explicaciones del voto y la naturaleza de la coalición del cambio que llevó a Fox a la presidencia en 2000; la información

y la atención a las campañas entre el electorado mexicano, así como algunas proposiciones recientes acerca de los efectos de la comunicación política en el votante. Por último, se revisan las actitudes y las percepciones de los mexicanos hacia la democracia y se discute la cultura política que nos caracteriza al inicio de siglo xxi. Todo esto con el propósito de reflexionar acerca de la forma como los mexicanos hemos comenzado a vivir la democracia. Espero que cualquier ciudadano interesado en las decisiones colectivas de las que forma parte y que le afectan al definir quién gobierna, ávido por entender mejor la riqueza y la diversidad de nuestra sociedad y nuestra cultura, y por saber un poco más acerca de lo que nos une y nos divide como votantes, pueda encontrar este libro muy informativo. Las encuestas han sido, para ello, nuestro mejor espejo.